

Complementos Seminario-Taller «Transformaciones y desafíos de la escuela actual»

La identificación como base de la subjetividad

RODRIGO SOLÍS VILLA¹

...cuando, en septiembre de 1945 estuve en Londres, acababan apenas de apagarse las luces del V-DAY, el día en que la ciudad había celebrado su victoria. La guerra me había dejado un vivo sentimiento del modo de irrealidad en que la colectividad de los franceses la había vivido de principio a fin. No me refiero a esas ideologías foráneas que nos habían mecido con fantasmagorías sobre nuestra grandeza. Me refiero más bien al desconocimiento sistemático del mundo en cada uno, a los refugios imaginarios en que, como psicoanalista, no podía menos que identificar para el grupo, presa entonces de una disolución verdaderamente terrorífica de su estatuto moral, esos mismos modos de defensa que el individuo utiliza en la neurosis contra su angustia, y con un éxito no menos ambiguo también paradójicamente eficaz, y que sella del mismo modo, ¡ay!, un destino que se transmite por generaciones.

JACQUES LACAN. LA PSIQUIATRÍA INGLESA Y LA GUERRA

La novela de Kenzaburo Oe, premio Nobel de Literatura, *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*, es la historia de la constitución del sujeto en la modernidad Occidental. Nos dice que no podemos ser ajenos a la dificultad entrañable del hecho de que podamos situarnos como sujetos en

¹ Psicólogo, Universidad Nacional Autónoma de México; Estudios de Maestría en Filosofía, Universidad del Valle; Estudios en Psicoanálisis, México, D.F.

una perspectiva única y particular. El psicoanálisis nos ofrece unas pistas preciosas para desentrañar este particular diseño.

Es si se me permite, en el proceso loco que la identificación funda, en el que podemos desentrañar algunas cuestiones útiles para pensar el sujeto, las subjetividades que se nos aparecen en el horizonte y el drama paradójico de las identidades que nos son constituyentes.

En el espacio reservado a la guerra y a la locura podremos percibir, justo en su límite, en lo que lo circunscribe, el espacio potencial de la subjetivación en su referencia fundamental con los procesos de identificación.

La psiquiatría del siglo XIX –que hoy reconocemos como «psiquiatría clásica»– había logrado delimitar algunas formas particulares de expresión de lo «anormal»; la «locura comunicada» y la «locura de a dos», son algunas de sus formas, que se destacan por la posibilidad de compartir a otro de distintas maneras el delirio que se ha estructurado, ya sea como codelirante o como testigo privilegiado del delirio que asume, sin crítica alguna.

Sin duda, esto trae aparejada una situación complicada con respecto al origen de la expresión delirante, pues cabe preguntarse: ¿esta elaboración ideativa es propia del individuo? Y si lo es, ¿en qué sentido? ¿Cómo puede ser entendida su relación particular e emblemática con la estructura cerebral, centro y lugar de las acciones locas?

Desde el enunciado de Grisenger, según el cual «toda enfermedad mental es una enfermedad del cerebro», no ha pasado mucho tiempo para que el decreto se modifique en los siguientes términos: «Toda enfermedad mental es un desarreglo bioquímico». En última instancia es el soma, lo biológico, aquello que determina y crea la locura².

Olvidadas las mínimas distancias aún sostenidas por algunos psiquiatras entre los distintos niveles de explicación del hecho o del acto como conducta, los niveles de jerarquización de la misma y sus diferentes explicaciones, hoy asistimos impávidos a la conquista avasallante de una

² En particular, prefiero el término «locura» al de «enfermedad mental», ya que este último arrastra un prejuicio no probado.

lógica exclusivamente biológica y endógena de la cuestión de la locura, lo cual complica la explicación de su etiología así como la de su transmisión posible. Esto permite el encuentro con una subjetividad planteada desde sus orígenes en el campo de «la ciencia» y fundada desde la objetividad del saber que la ciencia promueve.

¿De qué mecanismos se vale la locura para desatar aquello que se inscribe en el linaje? Esta es la pregunta que en una cierta ruta signan los autores de *Historia y trauma: la locura de las guerras* y es una de las formas en que el síntoma y el sufrimiento se comunican, tanto en la experiencia intersubjetiva en lo intrageneracional como en la experiencia más compleja, la que aquí llamamos transgeneracional. Esto no tiene nada que ver ni con mecanismos genéticos y hereditarios, que vehiculizarían el síntoma, ni con explicaciones o supuestos míticos o cuasirreligiosos de designios transmitidos por alguna especie de Dios particular, como tampoco asume la forma –incluso defendida por algunos psiquiatras y psicólogos– particular de transmigración de las almas o reencarnación, como una especie de factura, abusando incluso de las implicaciones que un término tal tendría en las sociedades indias, o que se identifican con este presupuesto: «soy alma de búfalo», o «soy loro parlanchín», por ejemplo.

La transmisión identificatoria, como conformadora del sujeto y sus formas en lo transgeneracional, es la cuestión que el psicoanálisis tendría que plantearse para ofrecer una explicación coherente al hecho de que un saber no sabido sea transmitido a las siguientes generaciones de una forma tal que actualice lo no dicho, lo no expresado como forma de decirlo sin saberlo, pero que sin embargo le concierne y en su forma más extrema, sea con la locura como razón última del sin sentido. O en otras formas de olvido aparentemente deliberado. Un camino que nos lega la genialidad freudiana es la noción de identificación. El otro camino que tratare más adelante plantea el problema de la inscripción como escritura.

Hay que recordar una y otra vez la insistencia de Sigmund Freud en *La interpretación de los sueños* –en especial el capítulo 7, que lleva por título «La psicología de los procesos oníricos», que su interés es exclusivamente el sueño narrado como una escritura jeroglífica –a sabiendas del descubrimiento de Champollion, para más señas–, que el dibujo, el pictograma no es sino, y nada menos, que una letra, con un sonido, donde

lo fonemático y lo escrito se juntan. ¿De qué se trata entonces? ¿De una escritura que habla? ¿O de lo escrito que está ya en lo que se dice? ¿Cómo se expresa y de qué manera lo que no puede decirse y no debe callarse?

Hablamos entonces de la forma de la negación: lo que pasó, no pasó. El peso de la culpa en el sobreviviente, las dificultades en la perversión y percepción del juicio, la relación entre víctimas y culpabilidad, la ilusión y fascinación por los criminales y su capacidad destructiva, y la identificación con el agresor, también pueden convertir los hechos en algo trivial y entonces vivirlos como anestesiados. Es nuestra experiencia, como vemos en la clínica, al ritmo de los análisis y de la locura, que nos lleva siempre al mismo campo: el de los traumatismos de la historia y las sociedades-, la que nos va permitir establecer la relación entre locura y lazo social mediada por las organizaciones identificatorias que dan lugar a un tipo u otro de transmisión.

Fundamental es esta idea para pensar la multiplicidad y el caos de subjetividades múltiples sin un lazo común. ¿Habría una unidad en la diversidad?

Es importante entonces plantear la pregunta, por lo que emerge en la crítica misma de la noción de identificación, que está siempre latente en la obra de Freud desde la identificación presente en los sueños, hasta la psicología de las masas donde hay un capítulo dedicado a esta cuestión.

Explica Lacan: «Hay un artículo en el cual Freud nos confiesa su embarazo, incluso su impotencia para salir del dilema planteado por la ambigüedad perpetua que se le plantea entre dos términos que el precisa, a saber, identificación y elección de objeto» (Lacan, *ibidem*). Lo que subraya Lacan, es que en muchos casos aparecen sustituyéndose la una a la otra de manera tal que la transición y la distinción entre las dos no es captada, una cosa sería estar del lado del objeto y otra del lado del sujeto, por eso plantea eso que subraya, si un objeto es objeto de elección esto no sería lo mismo que ser soporte de la identificación.

Freud comienza el capítulo dedicado al estudio de la identificación en su *Psicología de las masas y análisis del yo*, tomando como objeto la identificación con el padre. «Simultáneamente a esta identificación con el padre o quizá un poco más temprano...» (Freud, 1920).

Freud está tratando de mostrarnos las relaciones de la identificación con el estado amoroso la identificación es entonces una función más primitiva y fundamental por cuanto porta una elección del objeto, esta elección debe ser articulada y problematizada a la elección narcisista de objeto que sería la base del enamoramiento en su sentido estricto por lo que podemos pensar que el yo se enriquece con las cualidades del objeto, es decir se lo introyecta, termino introducido por Ferenczi, esto abre la cuestión con la identificación.

Freud recalca la oposición que existe entre lo que el sujeto introyecta y con lo que se enriquece y subraya eso que se toma de el y que también lo empobrece, en el estado amoroso el sujeto se desposee de lo que el es en beneficio del objeto amado o sea que articula el objeto del cual él se empobrece, que es el mismo que pone en el lugar del elemento constituyente más importe.

Desde el punto de vista económico, no se trata ni de enriquecimiento ni de empobrecimiento, pues incluso el estado amoroso más extremo puede ser descrito diciendo que el yo se ha "introyectado" el objeto. La distinción siguiente recaerá quizá sobre puntos más esenciales: en el caso de la identificación el objeto desaparece o queda abandonado y es reconstruido luego en el yo , que se modifica parcialmente, conforme al modelo del objeto perdido. En el otro caso el objeto subsiste, pero es dotado de todas las cualidades por el yo y a costa del yo... (Freud, *ibídem*).

El planteamiento fundamental de Freud es que en el caso de la identificación es que el objeto ha sido perdido. Esta es la noción fundamental que se encuentra desde siempre cuando Freud nos explica la formación del objeto que se trata de que esta perdido o abandonado. Y ese objeto se erige en el yo y lo transforma parcialmente.

La ambigüedad que Freud plantea con respecto a la elección de objeto y a la identificación es una interrogación permanente que va a resolverse de diferentes formas; una de las vías es relacionar la identificación y la introyección. La metáfora que Freud nos plantea es la incorporación que articula la forma en que los objetos primordiales se constituyen y estarían planteados con un dato de entrada en el universo materno donde

introyección y proyección serían simétricos, donde el objeto está en un balance continuo entre lo afuera y lo adentro sin embargo esto no sería tan simple.

La dialéctica que se establece en la reacción oral al primitivo objeto devorado aparece como compensación de una frustración en el amor pero para poder tomar la medida de ese objeto a ser incorporado es necesario que ese algo como marca o como trazo reitere la experiencia del objeto perdido es decir allí donde falta lo que me completa donde se organiza la carencia es necesario que surja la identificación, la salida freudiana es entonces la promoción de un ideal.

Si logramos articular la función del ideal en la identificación podemos pensar que es por la vía del padre que la transmisión posibilita la experiencia de lo que se inscribió.

En la novela de Kenzamburo, es en la vía del padre que esta identificación mortífera articula una subjetividad compartida.

Es decir, desde 1915 con la noción de estadio oral Freud introduce el término de incorporación que es aquel que designa el pasaje de un objeto al interior del cuerpo de una manera más o menos fantasmagórica. El término introyección, que hemos dicho fue introducido por Ferenczi, designa una forma del yo en relación al objeto exterior que va a incluir en él cualidades inherente a los objetos. La incorporación hace referencia explícitamente a los límites corporales, la relación entre el afuera y el adentro. Y la introyección nos remite al yo, al ideal del yo, es decir a las estancias intrapsíquicas, está en relación con la identificación, el sujeto se constituye y se diferencia por toda una serie de identificaciones.

En la concepción freudiana las incorporaciones son procesos dinámicos que representan los prototipos de introyecciones e identificaciones ulteriores. Esto ha permitido actualmente, a la luz de una relectura de Ferenczi, una aproximación interesante a la cuestión de la transmisión para ciertos analistas como N. Abraham y M. Torok, que ven en la incorporación una fantasía y no sólo un proceso que permiten entrever los procesos identificatorios.

Desde esta óptica, el contenido de los fantasmas de incorporación, y lo que implican en su movimiento mismo, servirían de sustituto y de amarre a las identificaciones propiamente dichas. Esto plantea la diferencia funcional entre incorporaciones constitutivas iniciales y las fantasías de incorporación ulteriores en la vía de una construcción subjetiva.

En relación a este concepto que estamos tratando de delimitar, el de la identificación y su estrecha vinculación con la incorporación oral y la introyección, Freud lo presenta con mucha claridad en su estudio sobre la melancolía y su identificación, según un modo oral con el objeto perdido; es decir, se establece regresivamente en el modelo de una relación objetual de tipo oral. Por otra parte, Freud presenta también la relación entre elección narcisista de objeto –cuyo modelo es el yo– y la identificación. Otra manera de presentarlo es la estructuración del sujeto en el complejo de Edipo, en el que las investiduras libidinales sobre los padres son abandonadas en función de la identificación con estos.

Es decir, modos de la identificación, que son planteados en el texto de *Psicología de las masas* como formas primitivas de los lazos establecidos con el objeto, o como remplazo de la elección de objeto perdida o por desplazamiento con lo común del otro; la identificación histórica es un ejemplo de ello.

Es preciso distinguir, siguiendo la estricta lectura de Lacan en este punto, lo que desarrolla en el seminario acerca de la identificación, las identificaciones imaginarias que producen el yo y el costado simbólico de la misma que funda el sujeto.

En un primer momento, el texto de Freud presentó la identificación más como una explicación de copia del síntoma, por ejemplo en el «Caso Dora». Ya hemos visto como en los años de 1920, Freud expone las formas antes descritas, el síntoma como sustitución parcial de un rasgo del objeto, lo que va a leer Lacan en el escrito de Freud como rasgo unario (*Einziger zug*). Este concepto le permite a Lacan virar a la significación simbólica de la identificación, al designar el significante en su forma original. La identificación con el rasgo unario es la identificación fundamental, pues el sujeto se identifica con un rasgo único del objeto perdido, y si el objeto es definido por el rasgo, esto es efecto de la intervención significante. Este rasgo no es sólo lo que subsiste del objeto, es su fundamento y sostén.

Identificado con este rasgo, el individuo es sujeto de la castración y de su fantasía como organización subjetiva, pertenece al mismo conjunto, posibilita su identidad como hablante, como ser que se sostiene en y para el lenguaje y al mismo tiempo sostiene la identificación imaginaria. Si esto es así, podemos permitirnos pensar no un más allá del lenguaje en la transmisión, sino algo que compete al lenguaje o idiolecto de cada uno, en el traspaso identificatorio con el uno, lo que le hace idéntico a los otros.

Este es un concepto o noción, dirán algunos, que nos permite operar en el campo de lo trasmisible psíquicamente –previo a toda identidad– o juego de imitación que lo hace posible en su conjunción con el acceso al lenguaje y la represión primaria. Por eso Freud se atreve a nombrarla como identificación primaria antes de toda elección de objeto, y nos dice luego en el *Yo y el ello* que sería con los padres y no exclusivamente con el padre.

Es entonces en este proceso que funda la identificación –la conformación del sujeto, la producción del mismo, que es posible la alteridad y la identidad, de las cuales las subjetividades serían su efecto.

Addenda

La noción de identificación en la obra freudiana es básica para lograr entender de qué manera el proceso de conformación de la subjetividad y los procesos vinculados a transmisión llamada psíquica son posibles. Se trata sin duda de un hallazgo muy especial en la teoría psicoanalítica y se relaciona con el don, el paso de un lugar a otro, de algo que es idéntico pero que permite conectar con eso idéntico que existe en el otro. El mejor modelo lo ofrece el duelo. La pérdida del objeto presupone una identificación previa simultánea a la elección objetal; cuando el objeto se pierde, el trabajo del duelo consiste en encontrar el punto de identificación perdido con el objeto. Por eso se trata también de una erótica, que de lo mío se llevó el otro que es mío y suyo, idéntico parecido, algo con que se realizó el placer o el goce como objeto investido pulsionalmente. El trabajo del duelo o su elaboración consistiría entonces en saber de qué se trata, con el rasgo del objeto en cuestión que siendo mío se llevó el objeto perdido. Sólo así es posible realizar el trabajo del duelo.

Referencias

Freud, S. (1920). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Obras Completas*, tomo 20, Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1954). *La psiquiatría inglesa y la guerra*, trad. de Vicente Palomera, versión online, visitado en septiembre de 2012. Recuperado de: <http://www.elseminario.com.ar/>

_____. Sesión del 6 de febrero de 1954 en el Seminario «La relación de objeto y las estructuras freudianas».

Davoine, F. & Gaudilliere, J. M. (2011). *Historia y trauma: la locura de las guerras*. México: Fondo de Cultura Económica.

Oe, K. (2000). *Dinos como sobrevivir a nuestra locura*. Barcelona: Editorial Anagrama.

